



Sales

Esta

Numero

B
85
25

Biblioteca Universitaria

S

Re

T

Numero

C
17
93

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

2
38-164

BIBLIOTE

G

Sala:

B

Esta:

25

Número:

425

Biblioteca Universitaria

CRANADA

Sala:

C

Estante:

17

Tabla:

Número:

193

2
38-164

2

38-164

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

UN GID BIAS EN CALIFORNIA.

Galería Literaria.—Murcia y Marti, editores.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA

IMPRESIONES DE VIAJE

CAPÍTULO PRIMERO

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR E. H. Y F.

TOMO III.

MADRID.

Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1873.

107

Editorial Literaria - Harris y North, editores.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA

IMPRESIONES DE VIAJE

POR

ALEXANDRE DUMAS.

Es propiedad de los editores.

TRADUCIDA

POR E. H. Y F.

TOMO III.

W. A. RICHIE,

Imprenta de la Editorial Literaria,

Coloquio, 20

1908.

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

CAPITULO PRIMERO.

La serpiente de cascabel.

Aquella misma tarde emprendimos el regreso. Remando vigorosamente llegamos á Sonoma á la una de la madrugada; nos acostamos en el fondo de nuestra barca, y nos dormimos hasta que el sol apareció en el horizonte.

Poco antes de las cinco emprendimos la marcha para reunirnos á Aluna; pero en vez de seguir el mismo camino que la vez primera, tomamos algo á la derecha, á fin de seguir la vertiente occidental de una cadena de colinas, donde la yerba no era tan alta como

en la pradera, siendo, por consecuencia, más fácil la caza.

Tuvimos la suerte de encontrar seis ó siete corzos, y matamos dos.

Habíamos tenido cuidado de estudiar la operacion que Aluna hacia á la caza recién muerta, operacion necesaria en un clima tan caloroso como el de California.

Elegimos unos robles de ramaje espeso para conservar frescos nuestros corzos, y los suspendimos de las ramas más altas para que los lobos no pudiesen alcanzarlos.

II.

En seguida nos pusimos en marcha, y á las once habíamos llegado al campamento.

Colgados de las ramas de un roble vimos un corzo y un ciervo, lo que demostraba que Aluna, por su parte, no habia perdido el tiempo.

Sin embargo, como el calor empezaba á apretar, supusimos que el viejo cazador esta-

ba durmiendo la siesta y nos aproximamos silenciosamente á la tienda. En efecto, Aluna dormía profundamente.

Pero otro sér dormía junto á él, al abrigo de su poncho, y su vista nos causó un grande espanto.

Era una serpiente de cascabel, que habia venido á buscar el calor y la blandura del alana.

Aluna dormía sobre el costado derecho: al más pequeño movimiento que en su sueño hiciera para volverse, oprimiria al reptil contra la tierra, é indudablemente la serpiente le morderia.

Tillier y yo permanecemos inmóviles en medio de la tienda, anhelantes, aterrados, con la mirada fija sobre el animal y sin saber qué hacer.

Al menor ruido, Aluna podia hacer un movimiento, y este movimiento era su muerte.

Al fin nos decidimos á desembarazar á nuestro camarada de su terrible compañero de sueño, pues la serpiente parecia dormir tan profundamente como él.

III.

El ponzoñoso animal estaba pegado al cuerpo del cazador; su cola y la parte inferior de su cuerpo desaparecían entre los pliegues del poncho; una porción de la parte superior, arrollada como un cable, quedaba al descubierto, y su cabeza estaba apoyada en el cuello mismo de Aluna.

Tillier descubrió un círculo, é introduciendo el cañon de su fusil en la curva formada por el cuerpo de la serpiente, se dispuso, por un rápido movimiento, á lanzarla lejos de allí.

Por mi parte, habia desenvainado una especie de cuchillo de caza que llevaba siempre á la cintura, preparándome á partir en dos el largo cuerpo de la serpiente.

Hice una seña, y mi compañero, manejando el fusil á manera de una palanca, arrojó el reptil contra la tela de la tienda.

Yo no esperaba otra cosa, y apenas la ser-

piente cayó á tierra, la tiré una cuchillada que por desgracia no la alcanzó.

Levantóse el reptil sobre su cola, lanzando ténues silbidos, y lo confieso, cuando vi aquellos ojos empañados inflamarse como ascuas y aquella boca lívida abrirse desmesuradamente, sentí que mi sangre se helaba en las venas.

IV.

Sin embargo, el movimiento habia despertado á Aluna: en el primer momento no pudo el viejo cazador comprender lo que hacíamos Tillier con su fusil y yo con mi cuchillo; pero la vista de la serpiente se lo explicó todo.

—¡Bah! ¡Una serpiente!—dijo con un acento de desprecio imposible de describir.

Y alargando su brazo cogió á la serpiente por la cola, y haciéndola dar dos ó tres vueltas sobre su cabeza, la estrelló contra la estaca de la tienda.

Después, con un desden supremo, la arrojó á más de veinte pasos, salió de la tienda, fué á la márgen del arroyo, se lavó las manos, las enjugó con hojas de árbol y vino á encontrarnos diciendo:

—¿Que tal? ¿Se ha hecho buena venta?

Tillier y yo estábamos pálidos como la muerte.

V.

Tendiendo el saco, se puso á contar el dinero, hizo tres partes iguales, y con un signo evidente de satisfaccion puso sus cien piastras en una bolsa de cuero que colgó de su cintura.

Desde aquel momento, lo confieso, Aluna tomó en mi espíritu y en el de Tillier toda la consideracion que merecia.

Es posible que, al empezar su vida aventurera, el atrevido cazador hubiere sido tan tímido como nosotros; es posible que la vista de la primera serpiente de cascabel le hubiera

causado tanto espanto como á nosotros nos causó; pero la costumbre le habia familiarizado con todos los habitantes de las selvas, con los peligros de su vida errante y hasta con la presencia de la muerte.

En efecto, en sus exploraciones hácia el Este, en sus correrías por ese país todavía desconocido que se extiende entre los dos caminos frecuentados por las caravanas que van desde el lago Pirámide á San Luis del Missouri y de Monterey hasta Santa Fé; en aquellos espacios inmensos donde rios sin curso se pierden en las arenas para formar luego lagunas y pantanos impregnados de sal; en aquellas praderas cuajadas de salinas y habitadas por hombres y animales tan salvajes los unos como los otros, Aluna se habia acostumbrado á todos los peligros.

En cuanto á las serpientes de cascabel, hé aquí como habia hecho conocimiento con ellas.

CAPITULO II.

La yerba de la serpiente.

Hallábase Aluna una tarde sobre la ribera izquierda del rio Colorado, en el territorio de los indios navajos, despues de haber guiado á través de la pradera á un inglés y dos misioneros americanos que habian perdido su camino.

El atrevido aventurero, que tenia verdadero horror á los caminos frecuentados, lanzóse á todo el galope de su caballo á través de la pradera, llegó á la orilla de un arroyo, y juzgando aquel sitio á propósito para pasar la noche, echó pié á tierra, dejó caballo en su

libertad de pacer la fresca yerba de la márgen, y para asar algunos trozos de carne, así como para alejar las fieras durante la noche, encendió un gran fuego, no sin haber tenido previamente el cuidado de arrancar la yerba alrededor del sitio en que se hallaba, á fin de evitar el peligro de que el fuego se comunicase á la pradera.

II.

Encendida la lumbre y puestas sobre las ascuas las tajadas de antílope, Aluna creyó no tener bastante leña para conservar la hoguera durante la noche, y viendo al otro lado del arroyo un gran pino casi seco, abrió su cuchillo mejicano para ir á cortar algunas ramas y saltó ágilmente á la orilla opuesta.

Al tocar en tierra su pié se apoyó en algun objeto resbaladizo, y perdiendo su punto de apoyo, el cazador cayó de espalda.

Inmediatamente vió enderezarse sobre la yerba el manchado cuerpo de una serpiente

de cascabel, y acto continuo un vivo dolor que sintió en la pierna izquierda le hizo conocer que el reptil acababa de morderle.

Aluna, ciego de cólera, se arrojó sobre el venenoso ofidio, y atacándole con su cuchillo le partió en dos pedazos.

Pero desgraciadamente estaba herido, y según todas las probabilidades, de una manera mortal.

No valia, pues, la pena de ir á cortar leña para conservar el fuego: antes que la lumbre se apagase, Aluna habria muerto.

III.

Triste, cabizbajo y murmurando entre dientes una oracion, que pensaba seria la última, el cazador volvió á pasar el arroyo y se acercó á la lumbre, pues empezaba ya á sentir por todo su cuerpo una penosa sensacion de frio.

Su pierna se hinchaba rápidamente, produciéndole dolores agudísimos, y ya el caza-

dor se preparaba resignado á morir, cuando recordó que, al arrancar la yerba en rededor suyo para encender la lumbre, habia visto algunas matas de una planta á que los indios dan el nombre de *yerba de la serpiente*.

Aluna hizo un esfuerzo, y se arrastró como pudo hasta el lugar donde, segun recordaba, habia visto aquella yerba.

Encontró, en efecto, dos ó tres matas, que habia arrancado con sus raices.

IV.

Con una rapidez febril, Aluna limpió perfectamente su cuchillo, vizcoso y húmedo aún en la sangre de la serpiente, y despues de machacar la raiz, cortó la yerba en pequeños pedazos, poniéndola á hervir en la taza de plata que le habia dado el inglés en pago del servicio que le hiciera poniéndole en el buen camino.

Luego, recordando lo que los indios acostumbraban á hacer en semejante caso, puso

la raíz machacada sobre la doble herida de su pierna: este era el primer procedimiento.

En tanto, la raíz hervía en la taza de plata, componiendo un brebaje de un color verde oscuro, que exhalaba un penetrante olor alcalino.

Tal como era, aquel brebaje hubiera sido insoportable; Aluna le añadió un poco de agua, y á pesar de su repugnancia, apuró completamente la taza.

V.

Ya era tiempo: apenas había apurado la bebida, la fiebre se apoderó de él; la tierra parecía dar vueltas en rededor suyo, parecía que el cielo se desplomaba sobre su cabeza, y lanzando un largo suspiro, que creyó fuese el último, cayó sin movimiento sobre su manta.

A la mañana siguiente, cuando empezaba á amanecer, Aluna fué despertado por su caballo, que no comprendiendo el prolongado sueño de su amo, le lamia el rostro.

Al despertar no recordaba el cazador nada de lo que habia pasado; sentia un entorpecimiento general, un dolor sordo en todos sus miembros, una laxitud profunda, y alguna cosa parecida á una muerte parcial se habia apoderado de toda la parte interior de su cuerpo.

Recordó entonces la desgraciada aventura de la tarde anterior, y con una curiosidad profunda se inclinó sobre su pierna herida, abrió su pantalon y buscó la mordedura bajo la cataplasma de raices que habia asegurado con su pañuelo.

La herida estaba roja y la hinchazon de la pierna habia bajado considerablemente.

Renovó entonces el vendaje, coció otra porcion de yerba, y á pesar de su olor alcalino y de su sabor repugnante, apuró la bebida sin mezclarla una sola gota de agua.

Despues, sin fuerzas para arrastrarse hasta la sombra, se tendió en el suelo, formando sobre él con su manta una especie de tienda.

VI.

Allí, dominado por un sudor copioso, permaneció hasta las tres de la tarde; sintióse entonces bastante fuerte para arrastrarse hasta la orilla del arroyo, lavó perfectamente la herida de la pierna y bebió algunos sorbos de agua fresca.

Aunque sentía la cabeza muy pesada y la fiebre no había desaparecido del todo, Aluna se encontraba en realidad mucho mejor.

Llamó á su caballo, que acudió dócilmente á su voz, le ensilló, arrolló su manta, colocándola sobre el arzon de la silla, hizo provision de la yerba salvadora, y cabalgando á costa de esfuerzos inauditos, lanzó el caballo en direccion de una aldea de navajos, distante cinco ó seis leguas.

Tenia allí algunos amigos y le recibieron admirablemente. Un viejo indio emprendió su curacion, y como estaba ya casi en convalecencia, tardó muy poco en hallarse completamente restablecido.

VIII.

Desde entonces Aluna consideraba la mordedura de la serpiente de cascabel como un accidente ordinario; es verdad que llevaba constantemente sobre sí en un pequeño saco de cuero la yerba y la raíz salvadoras, renovando una y otra siempre que se le presentaba ocasion.

CAPITULO III.

El oso negro.

I.

Aluna decia frecuentemente inclinando la cabeza sobre el pecho con cierta expresion de melancolia:

—¡Hubo un tiempo en que estaba loco!

Ni Tillier ni yo hemos sabido nunca de qué locura queria hablar; pero creo, sin embargo, y hasta que tenga prueba de lo contrario persistiré en mi creencia, que para Aluna la frase *estar loco* significaba sencillamente *estar enamorado*.

Dè algunas palabras dichas por el aventurero durante nuestras largas cacerías de la

tarde he deducido, como acabo de decir, que Aluna habia estado algun tiempo enamorado, y que habiendo perdido á la mujer que amaba, habia caido en una especie de melancolia que le condujo casi á las puertas de la locura.

Ignoro absolutamente cómo habia perdido á aquella mujer, pues Aluna jamás me dijo una palabra acerca de este punto, y no puedo ni debo hablar por suposiciones.

II.

En el tiempo en que Aluna estaba loco vivia en la vertiente de las montañas, cerca de las márgenes del rio Arkansas, y habia emprendido la construccion de una cabaña.

Aquella cabaña, empezada con tanta alegría, con tanto amor, ¿por qué no se terminó? ¿Por qué quedó á medio construir, apenas cerrada por maderos mal labrados y por una puerta sin pestillos? ¿Era acaso que Aluna, vió un dia que tendria que habitar solo aquella

casa que habia construido para dos, y que desde entonces, le importaba poco que permaneciese abierta ó cerrada, puesto que el único tesoro que juzgaba digno de cerrojos y cerraduras habia desaparecido?

Nada sé sobre este punto; pero referiré en cambio una aventura que en aquel tiempo sucedió al viejo cazador.

III.

Una noche en que despues de una larga ausencia volvia á su casa, se detuvo sorprendido al encontrar abierta la puerta que esperaba hallar cerrada.

Entró en la cabaña y su sorpresa creció al ver que un saco de maiz, que habia dejado en un rincon estaba roto y esparcido el grano por el suelo. Su sorpresa se cambió entonces en cólera. Poco le importaba aquella provision de maiz, que habria partido sin vacilar entre sus vecinos que se la hubieran pedido; pero Aluna no queria que se tocase á lo suyo

sin prevenirle, y además, vió en aquel robo, no solamente el robo, sino una especie de desprecio que el ladron hacia del robado.

Bajo este concepto, aquel atentado encolezó al aventurero.

El ladron habia dejado la puerta abierta, de lo que se deducia que pensaba volver.

Escondióse Aluna en lo más oscuro de la cabaña, despues de coger una pesada hacha que le servia para partir leña, y con su cuchillo en la mano esperó al ladron.

VI.

Por desgracia, para Aluna, como para todos los hombres de vida activa, el sueño no era una cosa de que pudiese prescindir, sino una verdadera necesidad.

En consecuencia, á pesar de todos los esfuerzos que hizo para permanecer despierto, acabó por dormirse.

No habia llegado la mitad de la noche cuando sacudió el sueño y abrió los ojos.

Oíase el ruido de las hojas secas, holladas por la planta de algun animal, y un solo momento de atencion fué bastante para que Aluna comprendiese que alguien se ocupaba en devastar su provision de maiz.

V.

Sin duda el ladron no se habia tomado la pena de llegar hasta el lecho, y creyendo al dueño de la cabaña ausente todavía, revolvia sin inquietud el monton de grano.

Esta audacia exasperó al aventurero, que gritó en español:

—¿Quién vá?

El ruido cesó; pero nadie contestó.

Aluna se incorporó sobre el lecho, y viendo que el ladron guardaba silencio, repitió la pregunta en lengua india.

Tampoco obtuvo respuesta.

VI.

Este silencio no dejaba de causarle alguna inquietud; el ladron, cualquiera que fuese, queria sin duda salir de la cabaña como habia entrado, es decir, sin que nadie le sintiese. Parecia andar á paso lento y recatado, como un hombre que no quiere ser oido; pero de tiempo en tiempo su respiracion, sobre la cual no tenia sin duda el mismo imperio, revelaba su presencia.

Parecióle á Aluna que aquel paso, en vez de dirigirse hácia la puerta, se aproximaba á él.

Bien pronto no pudo tener duda; el ladron buscaba sin duda la manera de sorprenderle y se acercaba cautelosamente al rincon que le servia de dormitorio.

Aluna se preparó á sostener la lucha.

VII.

Como era indudable que ésta debía ser cuerpo á cuerpo, tomó su cuchillo en la mano izquierda y el hacha en la derecha, y dispuesto á todo, esperó.

Bien pronto la respiracion del enemigo le demostró que apenas habia entre los dos una distancia de dos pasos.

Ya no habia duda; el ladron era un oso.

VIII.

Aluna se hizo atrás vivamente; pero el muro le impedia retroceder, y de bueno ó mal grado no tenia otro remedio que aceptar el combate. Aluna no era hombre que temiese una lucha; sucedia esto, como ya he dicho, en el tiempo en que estaba loco, y todo peligro le era sin duda indiferente, importándole poco una vida que se le habia hecho odiosa.

Levantó, pues, el brazo armado con el

hacha y la descargó con toda su fuerza, encomendando á la casualidad el lugar donde cayese el golpe.

El hacha encontró uno de los brazos del oso, causándole una profunda herida.

Al recibir el golpe el animal rompió el silencio, lanzando un terrible rugido, y con el brazo que le quedaba útil, enganchó á Aluna por el hombro, se le atrajo hácia sí, intentando aplastarle contra su pecho.

El cazador, con una serenidad inaudita, comprendió la situación, y apoyó el mango de su cuchillo contra su cinturón, dirigiendo la punta al velludo pecho del animal.

De aquí resultó que cuando el oso estrechó al aventurero, el afilado cuchillo se hundió completamente en su cuerpo.

En tanto, quedándole libre la mano derecha, Aluna golpeaba con su hacha la nariz del animal, impidiéndole morder.

IX.

Pero el oso es un animal de piel muy dura, y tardó algún tiempo en apercibirse de que tenía el cuchillo clavado en el pecho. Aluna, por su parte, empezaba á sentirse demasiado oprimido, cuando por fortuna, el cuchillo, revolviéndose en la herida, interesó sin duda algún órgano importante. El animal lanzó un rugido de dolor y arrojó á Aluna de costado.

Lanzado con una violencia verdaderamente maravillosa é irresistible, el cazador hubiera sido estrellado contra el muro si la casualidad no hubiera hecho que encontrase ante sí la puerta abierta, yendo á parar diez pasos fuera de la cabaña.

En su caída no le fué posible retener su hacha en la mano, y como había dejado el cuchillo en el pecho del oso, se encontraba desarmado.

X.

Por fortuna encontró casualmente una estaca de roble, puntiaguda como un chuzo y preparada, como otras muchas, para construir una empalizada en rededor de la casa.

Aluna habia caido precisamente sobre la estaca, y al levantarse, aunque un poco aturrido por el golpe, la recogió.

En manos de un hombre tan vigoroso, tan diestro y tan sereno como Aluna, era aquella un arma tan terrible como la maza en las manos de Hércules.

Bien pronto tuvo que servirse de ella, pues el animal, furioso por su doble herida, le habia seguido gruñendo fuera de la cabaña.

XI.

Aluna, como ya he dicho, no amaba la vida; pero tampoco se resignaba á una muerte tan espantosa como la que le preparaba el feroz

animal, que se avalanzaba contra él, como provocándole á un combate mortal, y reuniendo todas sus fuerzas, hizo caer sobre el oso una lluvia de palos capaces de romper el cráneo de un toro.

Pero el animal, con la habilidad del más diestro esgrimador, paraba la mayor parte de los golpes que le dirigia, tratando al mismo tiempo de coger la estaca y arrancarla de las manos de Aluna, lo que consiguió al fin, á pesar de su mano herida. Una vez cogida la estaca por el animal, Aluna no pugnó por conservarla, y soltándola de pronto en el momento en que el animal, esperando encontrar resistencia, daba una violenta sacudida, le hizo caer de espaldas, aprovechándose el cazador de esta circunstancia para entrar en su casa y cerrar la puerta tras sí.

Antes de que pudiera alejarse de ella el oso la derribó, y Aluna fué rodando hasta el fondo de la cabaña.

XII.

Por casualidad, Aluna puso la mano sobre el hacha y la cogió; luego, formándose un escudo con la puerta, la enderezó y se abrigó detrás de ella; el oso le cogió con las dos patas, que era precisamente lo que deseaba el cazador, quien abandonando su improvisada defensa, dirigió un terrible hachazo al animal, hiriéndole en el brazo que le quedaba útil.

Aquella tercera herida hizo comprender al oso que la aventura se volvía en su daño, y empezó á declararse en retirada.

Pero Aluna habia calculado sus movimientos para llegar á un punto donde, apoderado de su carabina; pudiese servirse de ella, y sintiéndola al fin bajo su mano, la cogió rápidamente y se lanzó de un salto fuera de la cabaña, colocándose en frente de la puerta.

En aquel momento la luna apareció entre dos nubes como si viniese en ayuda del cazador, permitiéndole apuntar con seguridad.

XIII.

El oso vaciló un momento antes de salir de la cabaña; pero al fin pareció tomar una resolución, y rugiendo de una manera terrible, se presentó en la puerta.

Aluna le esperaba con el fusil en la mano.

Fuerza le fué al oso enderezarse para luchar, según su costumbre, cuerpo á cuerpo. Aluna no esperaba más que aquel momento, y dando un paso atrás, apuntó cuidadosamente al corazón del oso é hizo fuego.

El oso dió un salto y cayó de espalda, agitando durante algunos momentos en las convulsiones de la agonía.

La bala le había atravesado el corazón.

XIV.

Aunque se trataba de un oso negro, era casi de la talla de un oso gris, y pesaba más de ochocientas libras.

Solamente que si Aluna hubiese tenido que luchar con un oso gris, en vez de hacerlo con un oso negro, es probable que la cosa hubiese variado de aspecto, pues el primero se sirve para combatir de sus dientes y de sus garras, al paso que el oso negro, por el contrario, no muerde jamás. Su único recurso es asir al enemigo con sus robustos brazos, estrecharle contra su pecho y aplastarle con su formidable potencia muscular.

Se comprende, pues, lo que serian nuestras cazas de alces, de corzos y de ardillas, para un hombre acostumbrado á aventuras tan peligrosas y terribles como la que acabo de relatar.

CAPITULO IV.

Una familia de jaguares.

Referiré otra aventura que demuestra con la mayor claridad hasta qué punto llegaban el valor, la serenidad y la sangre fría del viejo aventurero. Hallábase un día al pié de las montañas Pedregosas, entre la falda de la cordillera y un lago poco importante, al cual ningun viajero ha tenido la idea de dar un nombre; perseguíale una familia de indios apaches, y perdido, comprendiendo que montando sus enemigos caballos descansados, mientras el suyo estaba rendido de fatiga, acabarían por alcanzarle, el cazador resolvió aprovecharse

de las sombras de la noche, que avanzaban rápidamente, para escapar por un subterfugio que aun en aquella situacion extrema le parecia de éxito infalible.

El subterfugio no podia ser más sencillo: se reducía á hacer que el caballo continuase galopando solo y permanecer oculto en aquel sitio; era indudable que los indios, persiguiendo al caballo, pasarian sin verle, y que el fugitivo, desembarazado de su ginete, redoblaría su velocidad, alejando á los perseguidores.

II.

Dirigióse, pues, á un bosquecillo de pinos, y desembarazándose de los estribos en el momento que pasaba bajo uno de los árboles, se asió á una fuerte rama, de la cual quedó suspendido, en tanto que el caballo continuaba su carrera.

Aluna trepó por las ramas, y en un mo-

mento estuvo escondido en lo más espeso del árbol.

Poco despues, una docena de salvajes pasó á todo galope á muy corta distancia: Aluna los vió y los oyó; pero ninguno de ellos vió al astuto aventurero.

Cuando estuvieron ya lejos y el rumor de su carrera se hubo perdido, Aluna descendió del árbol y buscó un lugar apropiado para pasar la noche.

III.

No tardó en encontrar una de esas hendiduras, tan comunes en la base de las montañas Pedregosas, que comunicaba con una gran caverna, tan espaciosa como sombría, pues no recibia luz más que por la grieta que acababa de descubrir el aventurero.

Deslizóse éste como una serpiente, busca y encuentra una gruesa piedra que coloca

cerrando la entrada, para que nadie más que él, hombre ó animal, pudiese introducirse en la cueva; se envuelve en su poncho, y al cabo de un instante, rendido por el cansancio, sus sonoros ronquidos denotaban que dormía profundamente.

IV.

Por bien que durmiese, sobre todo en su primer sueño, preciso le fué, sin embargo, despertar para ocuparse de algo que pasaba en la extremidad inferior de su persona.

Parecía que dos ó tres gatos ú otros animales de uñas agudas, se entretenían en arrañarle las piernas.

Aluna levantó la cabeza, se aseguró de que no soñaba, estendió la mano y tocó dos cachorros de jaguar tan grandes como gatos, los cuales, atraídos sin duda por el olor de la carne viva, jugaban con las piernas del aventurero y trataban de hundir sus uñas en el

lugar en que la abertura del pantalón dejaba la pierna desnuda.

V.

Inmediatamente comprendió que había entrado en una caverna que servía de vivienda á un jaguar y sus hijuelos, que el padre y la madre estarían de caza y no tardarían en volver, y que por consecuencia, la mejor resolución que podía tomar era salir de allí cuanto antes.

Tomó, pues, su fusil, recogió su poncho y se dispuso á retirar la piedra que cerraba la salida, á fin de ganar la hendidura que conducía al campo.

Pero, apenas había puesto la mano sobre la piedra, cuando escuchó á menos de cien pasos de distancia un rugido que le anunciaba que era ya demasiado tarde; la hembra del jaguar llegaba á su madriguera, y no tardó el cazador en sentir la violenta sacudida

que dió á la piedra el animal para abrirse paso (1).

Los cachorros, por su parte, mayaban de una manera impaciente, contestando á los rugidos de su madre.

Aluna tenia su fusil, pero en su lucha con los indios, se le habia roto el disparador, y el arma estaba, por consecuencia, fuera de servicio.

Sin embargo, el cazador encontró medio de utilizarla.

VI.

Apoyóse de espaldas contra la piedra, á fin de mantener cerrada la hendidura, á pesar de los esfuerzos de la fiera, y con toda la pron-

(1) Alejandro Dumas ha incurrido en un error presentando un jaguar en las comarcas de California. El jaguar vive tan solo en la América del Sur, desde Venezuela hasta el rio de Patagones, y el animal de que habla Dumas solo puede ser un «puma» ó «cúguar,» que vive tambien en las tierras del Norte.—N. del T.

titud que le fué posible, se puso á cargar el fusil.

Por sencilla que sea esta operacion en circunstancias ordinarias, complicábase entonces de una manera terrible.

Á dos piés del cazador, detrás de la piedra conmovida á veces por violentas sacudidas, rugia ferozmente la hembra del jaguar, y Aluna sentia llegar hasta él la respiracion poderosa de la fiera, que introducía la cabeza y las garras en las hendiduras de la piedra, pugnando por separar el obstáculo que la impedia entrar en su albergue.

Aun alguna vez la punta de sus uñas llegó á rozar la espalda del aventurero; pero esto no detenía á Aluna, y en pocos momentos tuvo cargada su arma.

VII.

Sacó luego el cazador avíos de encender y empezó á golpear la piedra con el eslabon á fin de inflamar un pedazo de yesca. A cada

choque del acero contra el pedernal se iluminaba levemente el interior de la caverna y el aventurero la veía sembrada de huesos de animales devorados por la familia de jaguares.

La fiera continuaba en tanto escarbando la piedra para abrirse paso.

Pero Aluna tenía ya cargado su fusil y encendida la yesca y podía á su vez tomar la ofensiva.

Volvióse, pues, sosteniendo la piedra con un pié é introdujo el cañon de su carabina en el intersticio por donde la fiera había metido su cabeza y sus garras.

VIII.

Viendo aquel objeto desconocido que se aproximaba á ella y le amenazaba, la fiera le cogió con los dientes intentando hacerle pedazos.

Esto era lo que esperaba Aluna; inmedia-

tamente aproximó al cebo la yesca encendida, salió el tiro y la fiera cayó sin vida.

Un rugido ahogado, seguido del estertor de la agonía, indicó á Aluna que se habia des-
embarazado de su enemigo, y el atrevido ca-
zador suspiró libremente.

IX.

Pero la tregua fué corta; cuando ponía la
mano sobre la piedra para separarla y salir,
oyó un nuevo rugido más terrible que los an-
teriores: era el jaguar que acudia á los gritos
de su hembra.

Felizmente llegaba demasiado tarde para
combinar sus esfuerzos con los de su compa-
ñera; pero á tiempo, sin embargo, para crear
á Aluna un nuevo peligro.

Por su parte, el cazador estaba tan satis-
fecho del éxito de su estratagema, que en
manera alguna tenia la intencion de variar
su plan de defensa, proponiéndose, por el con-

trario, tratar al macho del mismo modo que habia tratado á la hembra.

Por consecuencia, apoyó de nuevo su espalda en la piedra, y empezó á cargar su carabina.

X.

El jaguar se detuvo un instante cerca del cadáver de su compañera, rugiendo de una manera terrible; pero despues de esta especie de oracion fúnebre, se lanzó contra la piedra conmoviéndola violentamente.

—Espérate un poco,—murmuró Aluna;—antes de mucho ajustaremos cuentas.

En efecto, cargada la carabina, preparábase Aluna para echar lumbres, cuando se apercibió de que habia perdido la yesca.

XI.

La situación no podia ser más grave; sin yesca no era posible tener fuego, y sin fuego

no habia medios de defensa. La carabina, reducida á su más simple expresion, era solamente un tubo de hierro que no podia servir más que como una maza.

Aluna, sin separarse de su sitio, buscó con sus manos á derecha é izquierda; pero inútilmente: la yesca se habia perdido.

Durante este tiempo la piedra era sacudida violentamente; el jaguar metia sus garras por los huecos, y algunas veces las puntas de sus uñas llegaron á tocar la espalda del aventurero, cuya frente empezaba á bañar el sudor.

XII.

Al fin, Aluna comprendió que á oscuras como se hallaba era imposible que encontrase la yesca, y meditó un nuevo plan para librarse de su enemigo.

He dicho que la carabina solo le podia servir de maza, y debia haber añadido que tambien le podia servir de lanza.

La cosa no podia ser más fácil; el cazador de las praderas llevaba siempre arrollada á su cintura una cuerda con la cual se ata á las ramas de los árboles, en los cuales tiene algunas veces que dormir, y Aluna no iba desprovisto de este utensilio.

XIII.

Sujetó, pues, valiéndose de esta cuerda, el gran cuchillo al extremo de la carabina, y la lanza quedó hecha.

Entonces se volvió, preparándose á la lucha, pero sin dejar de sostener con todas sus fuerzas el obstáculo que impedía al jaguar la entrada en su cabaña.

Las sacudidas que sufría la roca demostraron al cazador que tenia que habérselas con un enemigo terrible por su fuerza.

Aluna colocó su carabina como un soldado que carga á la bayoneta, y en el momento en que el jaguar se precipitaba contra la piedra, la improvisada lanza se deslizó junto á ella, hiriendo al terrible animal.

Rugió el jaguar de una manera furiosa; oyóse un chasquido seco, y la carabina, arrancada de manos de su dueño, rodó á dos pasos de él, en tanto que el jaguar se pronunciaba en retirada.

Aluna recogió su arma y la examinó: la hoja del cuchillo había saltado y no quedaba más que un trozo de pulgada y media unido al mango; el resto había quedado en la herida.

El cazador se alegró grandemente de la retirada de la fiera, que le daba algunos mo-

mentos de tregua, de que tenia gran necesidad, pues sus fuerzas comenzaban á agotarse.

Aprovechóla primeramente para desembarazarse de los dos cachorros, que mayaban sin cesar, cual si contestasen á los rugidos de su padre.

Cogiólos, pues, por las patas de atrás, estrellándolos contra la roca, y luego, como tenia gran necesidad de apagar la sed y carencia absolutamente de agua, bebió la sangre de uno de los pequeños.

XVI.

Lo que Aluna temia, sobre todo, era la necesidad de sueño que comenzaba á sentir, pues sabia perfectamente que al cabo de cierto tiempo esta necesidad seria absoluta y que tendria que ceder á ella. El jaguar, alejado momentáneamente, podia volver mientras dormia, separar la piedra, penetrar en la caverna, caer de improviso sobre el cazador y de-

vorarle. En cuanto á salir, era inútil pensar en ello; el animal podia estar emboscado en los alrededores y saltar de improviso sobre el fugitivo.

Aluna se resolvió á dormir en la misma posicion en que se hallaba, es decir, con la espalda apoyada en la piedra que cerraba la entrada en la caverna; de esta manera, el menor movimiento de la roca tendria necesariamente que despertarle.

La piedra no fué movida, y Aluna durmió con la mayor tranquilidad hasta las dos de la mañana.

IVX XVII.

A esta hora abrió los ojos, despierto por un ruido que se oia en la parte superior de la caverna; algunas piedrecillas mezcladas con tierra caian como una lluvia, indicando un trabajo exterior, y Aluna no podia impedirlo de ningun modo.

Tomó, sin embargo, su carabina: inútil

como arma de fuego, inútil también como lanza, podía aún servirle de maza.

Después, con la mirada fija, el corazón tranquilo, y dispuesto á todo, esperó.

XVIII.

La lluvia de piedras era á cada momento más espesa, demostrando que el momento de la lucha se aproximaba. Oía la respiración del animal á través de los intersticios del techo, y bien pronto la escavación le permitió distinguir el día, ó más bien la noche, iluminada por la luna, que vertía verticalmente sus rayos sobre el agujero que hacia el jaguar.

De tiempo en tiempo la escavación quedaba herméticamente cerrada, y era sin duda que el animal, para ver si el paso era practicable, metía en ella su cabeza.

Entonces los rayos de la luna eran interceptados, y en lugar de su pálida luz y del trémulo resplandor de las estrellas, brillaban

en la oscuridad como dos carbunclos los ojos inflamados del jaguar.

XIX.

Poco á poco se agrandó el agujero. El animal introdujo primero la cabeza, despues los hombros, luego todo el cuerpo y cayó sobre sus cuatro patas enfrente de Aluna.

Felizmente la hoja del cuchillo, que aún llevaba clavada en un costado, le impidió arrojarse inmediatamente sobre el aventurero. Tuvo sin duda un momento de dolor, y este momento bastó á su adversario.

La culata de la carabina cayó como una maza sobre la cabeza del jaguar, que rodó aturdido.

Aluna se lanzó rápidamente sobre él, y con el trozo del cuchillo que le quedaba, le degolló.

XX.

Ya era tiempo: Aluna, rendido de fatiga, arrastró al animal hasta un lugar de la caverna en que estaba alfombrado de arena menuda, y haciéndose una almohada de su cuerpo palpitante, tardó muy poco en quedarse dormido.

CAPITULO V.

El Sacramento.

I.

Este género de vida, que tanto atractivo tiene para los naturales de aquel país, que le consagran á veces toda su existencia, poseia para nosotros encantos inexplicables. Cierto es que era un penoso trabajo tener que ir dos veces por semana á San Francisco para vender los productos de nuestra caza; pero lo sufríamos de buen grado, ó lo aceptábamos, por mejor decir, largamente recompensados por los resultados que nos producía.

Este resultado era de trescientas y á veces de cuatrocientas piastras por semana.

En el primer mes, deducidos todos nuestros gastos, ganamos cuatrocientas piastras; pero en los dos últimos, y especialmente en la postrera semana, apenas sacamos ciento cincuenta, y esta baja tan considerable en nuestros beneficios nos demostró que la especulación había llegado á su término.

Nuestras continuas cacerías, por una parte, empezaban á despoblar la comarca, y por otra, los animales, algo espantados ya, se alejaban para ir á buscar cerca de las lagunas, en el territorio de los indios kinglas, países donde fuesen menos hostilizados.

III.

En vista de esto, resolvimos abandonar aquella tierra y alejarnos hácia las comarcas del Nordeste, llevando los productos de nuestra caza á la ciudad del Sacramento.

Una vez allí nos informaríamos de si aquellos plácemes eran mejores que los del San Joaquin, y si las riberas del Young, del Yaba ó del Plume eran preferibles por sus condiciones al paso del Pino, al campo de Sonora ó á las orillas del Murfis.

IV.

Este proyecto se puso en ejecución en cuanto vimos la comarca completamente abandonada por la caza, y dejando nuestra barca en Sonoma, nos dirigimos á la Horquilla Americana. Franqueamos sin dificultad las escarpadas montañas californianas, marchando de Oeste á Este, y despues de dia y medio de camino, en cuyo tiempo matamos mucha caza, llegamos á las orillas del Sacramento.

Seguimos por su márgen dos ó tres horas; una barca de pescadores nos tomó á su bordo, y mediante cuatro piastras nos pasó á la orilla opuesta. El caballo, aunque el rio

tenia en aquel lugar cerca de media milla de anchura, le pasó fácilmente á nado.

Los pescadores nos informaron del estado de las minas, y aunque no teníamos noticias muy positivas, supimos por ellos, sin embargo, que los americanos devastaban el país con sus constantes rapiñas. Esto no tenía para nosotros nada de sorprendente, pues ya en las márgenes del San Joaquin habíamos tenido más de una muestra de las depredaciones de aquellos desalmados. En cuanto á Aluna, se contentó con encogerse de hombros, como si en aquella conducta no hubiese para él nada de particular: el viejo cazador detestaba á los americanos y los creía capaces de todos los crímenes.

VI.

Llegamos á la ciudad del Sacramento, y fuimos luego al fuerte Sutter, para asegurarnos de la veracidad de estas noticias. Allí vimos confirmado lo que nos habian dicho los pescadores: las minas estaban en plena revolucion.

Tuvimos miedo de perder allí lo poco que habíamos ganado con tanto trabajo, y volviendo sobre nuestros pasos, bajamos el rio en una barca que alquilamos por cuarenta piastras.

VII.

En Sacramento vendimos nuestra caza por ochenta dollars, lo que nos permitió emprender la marcha sin necesidad de tocar á nuestro capital.

La barca que habíamos alquilado pertenecía á unos pescadores que estaban obligados

á ponernos en tierra cuando nos conviniese, pues no queríamos emplear más de cuatro dias en ir de Sacramento á Benicia, cerca de la bahía de Suiroñ.

Aluna marchaba en su caballo por la margen izquierda.

VIII.

El valle del Sacramento es uno de los más bellos que se encuentran en América, y le rodean al Este la Sierra Nevada, al Oeste y Sur los montes californianos, y al Norte el monte Sharte, extendiéndose en un espacio de doscientas millas.

IX.

En la época de la licuacion de las nieves el rio Sacramento se desborda y alcanza una altura de ocho ó nueve piés, lo que es fácil comprobar por las señales de limo que quedan en los troncos de los árboles. Este limo, pareci-

do al del Nilo, se extiende sobre las riberas del río, prestando un gran vigor á la vegetacion. Desde el medio del río se percibian las dos orillas cubiertas de árboles, en medio de los cuales vagaban numerosos rebaños de bueyes y caballos salvajes.

X.

En ciertos lugares el Sacramento tiene media milla de anchura, y su profundidad ordinaria es de tres ó cuatro metros, lo que permite remontarlo con embarcaciones de doscientas toneladas.

El Sacramento contiene innumerables salmones que se dispersan libremente en todos sus afluentes. Estos peces abandonan el mar en primavera y remontan el río en numerosas tropas durante cincuenta millas, siguiendo el curso principal sin encontrar el menor obstáculo; pero allí, ya sigan siempre el Sacramento, ya se aventuren por sus afluentes, se encuentran las estacadas formadas por los

indios, ó las barreras construidas por los labradores, segun las necesidades del cultivo, ó los cortés, abiertos por los mineros, segun los caprichos de la explotacion.

Vése entonces á los salmones hacer poderosos esfuerzos para franquear aquellos obstáculos. Si encuentran algun tronco ó alguna roca que pueda servirles de punto de apoyo, se adhieren á él, se encorvan en arco, enderézanse despues con violencia y saltan á doce ó quince piés de altura y otro tanto de distancia, calculando de tal modo su salto, que van á caer en el curso de agua superior al que abandonan.

XI.

Al llegar á la confluencia del San Joaquin y del Sacramento se encuentra una docena de islas bajas y pobladas de árboles, llenas de lagunas impracticables y cubiertas de *tula*, vegetacion que se encuentra en todos los terrenos bajos y húmedos de la comarca. Los

aficionados á la caza de aves acuáticas pueden allí reunir una completa coleccion, pues en aquellas lagunas viven innumerables patos, gansos, cisnes y otras diversas especies.

XII.

En cuatro dias llegamos á Benicia. Arreglamos nuestras cuentas con los pescadores, atravesamos cazando la pradera, y ganamos el rancho de Sonoma, donde nos esperaba nuestra barca.

Aquella misma noche volvimos á San Francisco, despues de seis semanas de ausencia.

XI.

Al llegar á la confluencia del San Joaquin y del Sacramento se encuentra una docena de islas bajas y pobladas de arboles, lianas de algunas plantas acuáticas y copuladas de vegetación que se encuentra en todas partes. Las

CAPITULO VI.

La caza de osos

I.

Encontramos á Gauthier y á Mirandola bastante mal, comercialmente hablando, á consecuencia del último fuego.

Al día siguiente de nuestra llegada tuvimos el gusto de ver á uno de nuestros antiguos amigos, llamado Adolfo, que habitaba en un modesto rancho, entre la bahía de San Francisco y los montes de California; invitónos á pasar uno ó dos días con él, prometiendo hacernos asistir á una cacería de osos; aceptamos sin vacilar y partimos en su compañía.

II.

La caza prometida fué fijada para el amanecer del día siguiente al en que llegamos al rancho, y por consecuencia, Tillier y yo tuvimos tiempo para consultarnos mutuamente respecto al nuevo estado que debíamos adoptar.

III.

El oso de que se trataba era un oso gris, el *ursus ferox* de los naturalistas. Hacia algun tiempo que descendia todas las noches de las montañas, y no contento con devastar los tiernos retoños de los cañaverales que crecían en la margen de los arroyos, estropeaba completamente los campos de maiz y á veces se atrevia á atacar á los animales, con no poco perjuicio de los habitantes del rancho.

Reuniéronse, pues, éstos contra el enemigo comun, y siendo en su mayor parte meji-

canos, decidieron cazar al animal por medio del lazo.

IV.

Aluna, cuya destreza en esta caza era muy conocida, se habia colocado á la cabeza de la expedicion.

Los cazadores, en número de treinta, se emboscaron en los sitios convenientes, dispuestos á socorrerse mutuamente, si la situacion lo requeria.

Al romper el dia el oso descendió de la montaña: el viento le daba de cara, llevándole las emanaciones de los cazadores, y al llegar á cierta distancia el animal se detuvo, como vacilando entre afrontar el peligro ó retroceder.

V.

Al fin pareció decidirse, y se encaminó di-

rectamente hacia un grupo de árboles, en el cual estaba oculto el primer cazador.

Era este nuestro amigo Aluna, que aceptando valerosamente el combate, salió de su escondite y se dirigió á la fiera.

Llegado á treinta pasos del oso, que acababa de levantarse sobre sus piés, le arrojó el lazo, cuyo nudo corredizo enredó en su cuello y uno de sus brazos, y luego, sujetando el extremo de su larga cuerda al arzon de su silla, gritó á sus compañeros.

—¡Eh! ¡Ya le tenemos!

VI.

El oso permaneció un instante inmóvil, como sorprendido por aquel extraño ataque que parecía no comprender.

Habia recibido un golpe sin experimentar dolor alguno, y parecía mirar con extrañeza, pero sin inquietud, aquella cuerda que se le habia enroscado al cuello.

Tres ó cuatro lazos fueron arrojados casi

al mismo tiempo, desde distintos puntos, cayendo sobre el animal y envolviéndole más ó menos estrechamente.

Entonces quiso el oso lanzarse sobre los cazadores; pero éstos, sacando sus caballos al galope, intentaron arrastrarlo tras sí.

VII.

En menos de un minuto, treinta lazos estuvieron rodeados al cuello del animal, que comprendiendo que era imposible luchar contra aquellas extrañas armas, se volvió y quiso retroceder.

Más para esto necesitaba, por decirlo así, el permiso de los cazadores.

VIII.

Por un momento pudo creerse que los arrastraría tras sí, por que los caballos cejaron y hasta fueron obligados á retroceder algunos pasos.

Pero los ginetes, lanzando penetrantes gritos y haciendo uso de sus punzantes espuelas, animaron á los caballos, que venciendo los esfuerzos del oso le arrastraron con violencia.

IX.

Habia algo de espantoso en la enorme resistencia de aquel animal, que viéndose un momento solo contra todos, y perdido su fuerte apoyo, era arrastrado á su vez.

Sus ojos parecian dos fuentes de donde corria la sangre; su boca, considerablemente dilatada, dejaba colgar su enorme lengua, y sus rugidos de furor resonaban á más de una legua de distancia.

X.

En fin, despues de una hora de combate, más bien que de caza, el animal fué arrastra-

do hasta el rancho vecino donde se le remató á tiros.

Pesaba mil doscientas libras, es decir, el doble de lo que pesa un buey ordinario, y fué repartido entre los cazadores.

Una gran parte de su carne fué vendida en el mercado de San Francisco, á razon de una piastra la libra; los carniceros nos la habian comprado al precio de tres francos.

XI.

Esta caza, que recordó á Aluna los bellos dias de su juventud, le inspiró la idea de proponernos que fuésemos á cazar osos en la sierra de la Mariposa, para no volver á San Francisco hasta mediados de setiembre.

Aceptamos la proposicion, y aquella misma tarde volvimos á la ciudad para disponernos á ejecutarla lo más pronto posible.

CAPITULO VII.

La Mariposa.

I.

Teníamos que tomar nuevas disposiciones; ya no era una barca lo que nos faltaba, sino un carro y otro caballo, además del de Aluna. Vendimos, pues, nuestra barca, y con el mismo dinero que por ella nos dieron compramos lo uno y lo otro.

II.

Creo haber hablado en otra ocasion de los presidios y de los ranchos; los primeros son, como entonces dije, si no me engaño, peque-

ños fuertes que sirven de residencia á algunos soldados; los segundos son verdaderos cortijos, y toman el nombre de rancherías cuando á ellos se unen algunas chozas, formando una pequeña aldea.

Solo nos resta explicar lo que son las misiones y los pueblos.

III.

Las misiones eran grandes establecimientos en los cuales se recibia á todos los indios que deseaban instruirse en la fé cristiana; una vez adquirida esta educacion religiosa, se dedicaban allí á un trabajo cualquiera.

Quien ha visto una mision las ha visto todas; por regla general, estaban formadas por un gran edificio de piedra, que contenia un gran número de celdas provistas de una puerta y de una ventana. En un ángulo de la mision se elevaba la iglesia con su campanario, rodeada de árboles y con una fuente de agua fresca y cristalina.

IV.

Todas estas misiones pertenecen, por regla general, á los frailes capuchinos, y cada una de ellas está dirigida por dos religiosos, uno de los cuales instruye á los neófitos en la fé cristiana, mientras su compañero los ejercita en trabajos materiales.

En el interior de estos establecimientos hay fraguas, molinos, talleres de curtido, fábricas de jabon, obradores de carpintería, etc., dispuesto todo de manera que quede en la parte principal del edificio una hospedería para los viandantes y el espacio preciso para almacenes, escuela y enfermería.

En torno de la mision se extienden bellos jardines, y más allá las chozas de los indios, construidas generalmente con paja y juncos.

V.

Los indios eran mantenidos en la misma mision, y como quiera que los capuchinos tienen fama de regulares cocineros, por más que allí no se pudiera sacar gran partido de la ciencia culinaria, uno de los dos religiosos se encargaba de preparar la comida, así para ellos como para sus neófitos. Esta comida se componia de tortas de maiz, carne de vaca ó carnero y frutas de todas clases.

El vino estaba absolutamente prohibido, y el que se fabricaba en la mision, así como el que se hacia venir de las aldeas cercanas, estaba reservado para los enfermos y los viajeros á quienes se daba hospitalidad.

Los obreros se instruian allí voluntariamente, pues en estos establecimientos todo se debe á la persuasion, nada á la fuerza.

VI.

En cuanto á los pueblos, son verdaderos villorios que en su origen estaban poblados por los soldados que habian cumplido el tiempo de su empeño en los presidios y á quienes se habia dado, en pago de sus servicios, cierta porcion de terreno, que eran libres de escoger en el sitio que mejor les pareciese, siempre que el que eligiesen fuese libre.

Cada cual explotaba este terreno á su manera.

Toda la California no cuenta más que cuatro pueblos: Nuestra Señora de los Angeles, Santa Bárbara, Franciforte y San José (1).

VII.

El dia de nuestra partida fuimos á pernoc-

(1) Ferry.

tar en San José, situado en el centro de un magnífico valle, sobre el Guadalupe, arroyo de poca importancia que desciende de los montes de California y que desemboca en la bahía de San Francisco. Está á cuatro leguas de distancia de la mision de Santa Clara, y le une á ella un hermoso camino orlado de tiernos robles, plantados tiempos atrás por los mineros con la intencion de que, cuando creciesen, protegiesen con su sombra á los fieles que fuesen desde San José á oír misa á Santa Clara.

VIII.

San José fué fundado en 1777 ó 78; seiscientos habitantes, poco más ó menos, le poblaban en 1848, es decir, antes del descubrimiento de las minas, y ocupaban ciento cincuenta casas construidas en torno de dos plazas plantadas de árboles magníficos.

En la actualidad, ó más bien, en la época en que estuvimos en San José, se componia

de un millar de casas de dos ó tres pisos, con una poblacion de cinco mil almas, que se aumentaba todos los dias, de lo que resultaba que lejos de dar, como anteriormente, de valde los terrenos, vendíanse, por el contrario, sumamente caros.

IX.

En octubre de 1849 se habia iniciado la cuestion de hacer del pueblo de San José la capital de California, y esta proposicion, iniciada por la convencion del territorio, habia contribuido en gran manera á aumentar el número de sus habitantes y el precio de los terrenos.

Esperando la resolucion de este asunto, se estaba construyendo un palacio de Justicia, una Cámara legislativa y otros edificios, resultando de todo esto que San José, puesto en comunicacion con San Francisco, Santa Clara y Monterey, era la segunda poblacion de la comarca.

El pueblo de San José tiene una mision, fundada en 1797 y situada á quince millas al Norte de la poblacion, al pié de una cadena de colinas llamada de los Bolbones, que no es más que una ramificacion de los grandes montes californianos.

X.

Durante las pocas horas que permanecimos en San José, pudimos adquirir algunas noticias respecto al asunto que allí nos llevaba, y supimos que podríamos vender allí nuestra caza con tanta ventaja como en San Francisco.

Así, pues, á la mañana siguiente nos pusimos en camino y remontamos directamente hácia los montes californianos.

XI.

No tuvimos necesidad de avanzar más de una jornada para que Auna encontrase sig-

nos indudables de la presencia de los osos. Había huellas en los terrenos arenosos, y las cañas que orlaban las márgenes de los riachuelos estaban tronchadas y pisoteadas como por efecto del paso de un animal de gran tamaño.

Nos detuvimos, pues, armamos la tienda y esperamos la noche.

Necesitábamos hacer un aprendizaje de aquella caza, nueva para nosotros; pero Aluna, que era maestro, se encargó de enseñarnos y dirigirnos.

XII.

Cerró la noche, y uno tras otro, armado Aluna con un fusil y su lazo y nosotros con nuestras carabinas, nos dirigimos al sitio elegido para apostadero.

Una vez allí esperamos.

Dos horas después un oso descendió de la montaña y pasó á veinte pasos de nosotros;

era un oso negro, de pequeña talla y no pesaría arriba de trescientas libras.

Aluna le arrojó su lazo, que rodeó tres ó cuatro veces su cuello, é inmediatamente sujetó á un árbol el extremo que tenía en la mano; luego cogió su carabina, corrió al oso, y en tanto que la fiera se revolvió para librarse de aquella correa que le sujetaba, le metió una bala por un oído.

XIII.

Era esta una manera especial de cazar el oso, muy fácil para Aluna, pero que, por nuestra ignorancia del manejo del lazo, no podía ser practicada por nosotros.

Muerta la fiera y suspendida de un árbol bastante elevado para que no pudieran alcanzarla los lobos, nos alejamos de aquel sitio, teniendo cuidado de conservar siempre en favor el viento, y buscamos otro apostadero.

Pronto le encontramos: Aluna nos señaló un lugar que le pareció favorable, puso en mis manos su fusil y su lazo y tomó en cambio mi carabina de dos cañones.

El viejo cazador permaneció cerca de mí para que viese su manera de obrar.

XV.

Al cabo de una hora de espera apareció otro oso.

Detúvose para beber á menos de treinta pasos de nosotros, y Aluna le apuntó, diciéndome al oído:

—Con la manera que ese animal tiene de presentarse, podría matarle del primer tiro; pero no quiero hacer más que herirle, para que veais luego como he de matarle.

En efecto, el tiro salió en el mismo instante, y el oso, herido en la espalda, lanzó un ru-

gido de dolor mientras volvía á todos lados la cabeza para ver de donde venía aquel ataque.

Aluna se presentó y marchó contra él.

XVI.

Por su parte, el oso, apercibiendo á su adversario, dió algunos pasos hácia él, y llegado á poca distancia del cazador, se enderezó sobre sus patas, aprestándose á la lucha.

Aluna, que esperaba este movimiento, le apuntó al pecho con toda seguridad é hizo fuego.

El oso cayó inerte.

—Basta por esta noche,—dijo el viejo cazador;—los osos saben ya lo que significan los tiros; han oido tres, y no saldrán de sus guaridas. Volvamos á la tienda.

Dejamos al apostadero y nos entregamos al descanso.

XVII.

Por la mañana trasportamos los dos osos á San José y los vendimos en cien piastras cada uno.

A la noche siguiente, hicimos nuestra primera experiencia.

Por una afortunada casualidad, el oso descendió á quince pasos de nosotros, y se detuvo ante unas cañas tiernas que empezó á devorar con ánsia.

Tillier y yo estábamos preparados; el oso nos presentaba el pecho é hice fuego.

La bala penetró en un costado; el animal lanzó un rugido, rodó hasta el arroyo, hizo algunos esfuerzos para levantarse, y al cabo de cinco minutos espiró, lanzando rugidos tan penetrantes que, á ser cierta la tradicion de que en otra ocasion hablé, hubiera hecho acudir á todos los osos de las montañas de California.

Nuestro aprendizaje estaba hecho.

XVIII.

Durante la jornada, como no estábamos aún fatigados, nos entregamos á la caza ordinaria y matamos algunas liebres, ardillas y perdices. Los ciervos eran todavía más escasos que en las cercanías de Sonoma; no pudimos matar más que uno, y con gran estrañeza ví que estaba mutilado.

Llamé á Aluna para que me explicase este fenómeno, y el viejo cazador me dijo que sucedia con frecuencia que los rancheros y labradores cogian cervatillos con trampas y lazos, y despues de someterlos á la mutilacion, volvian á dejarlos en libertad.

Esta operacion produce sus frutos: el ciervo, una vez mutilado, engorda mucho y en su carne encuentra el cazador una diferencia relativa, análoga á la que se encuentra entre las carnes del toro y del buey.

XIX.

Aquel mismo día tuve la fortuna de matar una magnífica serpiente blanca y azul; estaba arrollada en espiral al tronco de un arbolillo, entre cuyas blancas flores ocultaba el extremo inferior de un largo cuerpo, y parecía atraer á sí una ardilla gris, que como fascinada por la fijeza de su mirada, descendía de rama en rama lanzando agudos chillidos.

Envié una bala á la cabeza del reptil, que se retorció silbando siniestramente, y mi tiro rompió aquella especie de encanto: la ardilla trepó en un momento á las ramas superiores, y dando un largo salto, escapó á un árbol vecino.

XX.

En cuanto á la serpiente, como ignoraba si

era venenosa ó no lo era, no me atrevia á acercarme mucho á ella.

No estaba, sin embargo, en disposicion de causar ningun daño; la bala la habia destrozado toda la parte superior de la cabeza.

Aluna reconoció en ella un individuo de la familia de las boas, serpientes poco peligrosas y que carecen de veneno.

Tenia tres metros de longitud.

XXI.

La destruccion de este reptil y un encuentro con los indios tatchés, que trataron de apoderarse de nuestros efectos y de nuestras caballerías, fué todo lo que nos sucedió digno de referirse durante el período de un mes que permanecimos en las montañas de California.

Aluna extranguló á un indio con un lazo, y nosotros herimos otro de un tiro; por nuestro parte, tuvimos un caballo herido, que afortunadamente no era el de Aluna.

XXII.

Las flechas que nos dispararon eran de caña, de un metro próximamente de longitud, armadas de seis plumas en un extremo y de un agudo trozo de vidrio en el otro.

Aunque se arranque la flecha, esta punta queda generalmente en la herida, y es muy extraño que su presencia no cause la muerte, pues casi siempre es imposible extraerla.

Cinco ó seis de estas flechas dispararon contra nosotros, sin que ninguna nos tocase, y recogí algunas sobre el campo de la lucha.

XXIII.

Al cabo de un mes de permanencia en aquel territorio, nos sucedió lo mismo que nos acontecía en el campo de Sonoma; habíamos casi despoblado el país, y la caza, espantada por una persecucion incesante, se había refu-

giado en el valle de Tulares, situado á una distancia demasiado grande de San Francisco y de San José para que los animales pudieran llegar en buen estado.

Era, pues, una industria perdida, y no teníamos más remedio que regresar á San Francisco.

XXIV.

Esta necesidad no me contrariaba, puesto que tenia ya el dinero necesario para realizar un pensamiento que habia concebido.

II.

El oficio de minero seria el mejor indudablemente, si hubiéramos podido explotar las minas en sociedad; pero nuestro carácter aventurero y sujeto á frecuentes caprichos se presta difícilmente á la asociación. Al reunirnos veinte ó treinta individuos forman no se sabe, y forman los mas bellos proyectos;

CAPITULO VIII.

Mozo de fonda y mercader de vinos.

I.

MI pensamiento no era otro que el de establecerme de algun modo en San Francisco.

II.

El oficio de minero seria el mejor indudablemente, si hubiéramos podido explotar las minas en sociedad; pero nuestro carácter aventurero y sujeto á frecuentes caprichos se presta dificilmente á la asociacion. Al reunirse veinte ó treinta individuos juran no separarse, y forman los más bellos proyectos;

peró una vez en los plácemes y empezados los trabajos, las obligaciones que necesariamente trae consigo la asociacion se hacen insoportables, y cada asociado tira por su lado, disolviéndose la compañía.

De aquí resulta que, sucediendo en esto lo que en todas las empresas humanas, de cincuenta mineros que van á los plácemes, solo cinco ó seis, dotados de un carácter perseverante, llegan á hacer fortuna, mientras los otros, con menos fé y más ambicion, se disgustan, cambian repetidas veces de comarca, y acaban por volver á San Francisco tan pobres ó más aún que cuando salieron.

III.

El que tenga intencion de explotar los plácemes como minero, y permítaseme este consejo, hijo de mi experiencia, debe ceñirse á las siguientes prescripciones:

1.^a Proveerse de víveres y de municiones suficientes para todo el tiempo que piense

pasar en los plácemes y llevar consigo todas las herramientas necesarias para el trabajo.

2.^a Fijarse irrevocablemente en un lugar desde el momento en que se vé que da productos.

3.^a Construirse un buen albergue, á fin de no exponerse á las enfermedades producidas por la humedad de la noche y el rocío de la madrugada.

4.^a No trabajar en el agua bajo el ardor del sol, es decir, desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde.

Y 5.^a Someterse á un régimen de sobriedad y templanza y prescindir por completo de los licores espirituosos.

Puédese asegurar que el que eche en olvido estas condiciones, lejos de alcanzar un producto regular se disgustará, contraerá enfermedades, y segun todas las probabilidades, morirá.

IV.

Aparte del oficio de minero, hay en California, y especialmente en San Francisco, mil medios de hacer fortuna. En los tres meses que habia permanecido en la ciudad habia conocido que, entre las pequeñas especulaciones á que podia dedicarme, la de mercader de vino ó tabernero era indudablemente la mejor y más productiva.

V.

Dije en otra ocasion que, una vez en California, se da al olvido la vida pasada, y que los recuerdos del rango social que se haya ocupado en el antiguo mundo se desvanecen como una nube, como un vapor que, si continuase, serviria tan solo para oscurecer sin la menor utilidad el cielo del porvenir.

Al volver á San Francisco, la primera persona á quien encontré en el puerto, fué al

hijo de un par de Francia, que se habia hecho barquero. Este encuentro me demostró que podia abrazar, sin denigrarme en manera alguna, el oficio de mozo de fonda, que me serviria de aprendizaje para ascender luego á tabernero.

VI.

Tillier encontró una colocacion que tenia ciertos puntos de contacto con nuestro anterior ejercicio, y entró de mozo en una carnicería, con cien piastras al mes. En cuanto á mí, pude entrar en el restaurant de Richelieu, donde comia mi amigo Gauthier, con el sueldo de ciento veinticinco piastras mensuales.

El cubierto en mesa redonda costaba dos piastras, y cada parroquiano tenia derecho á media botella de vino.

Este precio es el doble que en París, pero en cambio, los manjares eran mucho peores.

VII.

Permanecí un mes en la fonda, y durante este tiempo, aprendí lo que era necesario para poder dedicarme sin temor al comercio de los vinos.

Por consecuencia de los trabajos venatorios de la sociedad Aluna, Tillier y compañía, tenia en mi gabeta unas mil piastras, cantidad suficiente para fundar mi pequeño establecimiento.

Dejé, pues, el hotel de Richelieu, y me dediqué á buscar un local á propósito para realizar mi proyecto.

VIII.

Le encontré al final de la calle del Pacifico: era una casilla de madera que tenia un pequeño almacén, una sala, un gabinetito y dos dormitorios.

Le alquilé en cuatrocientas piastras men-

suales, y sin perder tiempo me puse á mi trabajo, pues cuando no se posee más que un capital de mil piastras, de las cuales han sido ya gastadas cuatrocientas, no se puede perder un dia sin exponerse á que el alquiler del local consuma por completo los fondos destinados al comercio.

IX.

Como habia previsto, la especulacion ofrecia ganancias, pues los americanos comen y beben desde la mañana hasta la noche, dejando á menudo su trabajo para echar un trago y tomar un bocado.

Viene luego la noche, durante la cual se vende mucho, pues la policía, que siendo menos experimentada que la francesa, es, sin embargo, más inteligente, permite que los cafés, restaurants y tabernas permanezcan siempre abiertas; esto hace que la ciudad viva tanto de noche como de dia.

X.

No se crea, sin embargo, que á pesar de que á cada veinte pasos se encuentra una puerta abierta é iluminada, no se cometen robos ni asesinatos. Todo al contrario, no pasa noche sin que tengan lugar unos y otros; pero los homicidios son más frecuentes que los robos, y casi siempre producidos por la venganza.

Los bailes y las casas de juego son las que viven por la noche, y como mi establecimiento estaba á dos pasos del Eldorado, á él acudían todos los jugadores, ya gananciosos, ya desgraciados, de modo que reunía en mi casa las dos fases de la humanidad, la parte que rie y la parte que llora. Podía hacer allí magníficos estudios de filosofía práctica.

XI.

Una noche oímos á poca distancia de mí

casa gritos de muerte, y corrimos á donde sonaban.

Era un francés á quien acababan de herir tres mejicanos; habia recibido seis puñaladas, todas mortales.

Le trasportamos moribundo á casa y murió á los pocos minutos; llamábase Lacour.

XII.

De los tres asesinos solamente uno fué preso y condenado á la horca; era la segunda ó tercera ejecucion que tenia lugar desde mi regreso, y todo el mundo estaba ya cansado de estos espectáculos.

Desgraciadamente el lugar en que debia erigirse la horca,—patíbulo que habia de ser permanente, á fin de atacar á los criminales,—estaba ocupado por trabajadores y escombros, y en él se abria un pozo artesiano, destinado á surtir de agua á todas las fuentes de San Francisco.

XIII.

En defecto de una horca terrestre hubo que contentarse con una horca marítima. Una fragata americana ofreció su arboladura, que fué aceptada con reconocimiento por las autoridades judiciales de San Francisco, sobrado expeditivas en esta ocasion, porque en vez de tratarse de un súbdito de los Estados-Unidos se trataba de un mejicano.

XIV.

La ejecucion debia tener lugar á las once de la mañana, y desde las ocho, la calle del Pacífico, donde estaba situada la cárcel, se vió lleno de gente.

A las diez y media aparecieron los agentes de policia, con sus bastones blancos, insignia de su autoridad, y entraron en la prision para sacar al reo.

Poco despues se abrió la puerta de la cár-

cel y apareció éste, con las manos libres, la cabeza descubierta y vestido con el poncho nacional, que llevaba caído sobre la espalda.

XV.

En el puerto, á donde se le condujo, le esperaba una barca, en la que entró con los ejecutores y algunos agentes de policía. Veinte ó treinta botes partieron al mismo tiempo, cargados de curiosos que no querían perder un solo detalle del espectáculo.

La playa y los muelles estaban cubiertos de espectadores. Yo era de los que permanecían en tierra; me había faltado el valor para ir más lejos.

XVI.

Una vez á bordo de la fragata, el reo se preparó á morir, ayudando con un valor imponderable al verdugo á anudar la cuerda en su cuello.

Luego le echaron sobre la cabeza un velo negro que ocultó su rostro á los espectadores.

Despues, hecha la señal, cuatro marineros tiraron de la cuerda, y se vió al desdichado perder pié y elevarse hasta el penol de la verga mayor.

Durante un momento el cuerpo se agitó en las convulsiones de la agonía y luego permaneció inmóvil. La ejecucion habia terminado.

Se dejó el cadáver expuesto durante una parte del dia, y á las cinco de la tarde se le bajó, trasportándolo al cementerio del presidio.

CAPITULO VIII.

Incendio.

Dije en otra ocasion que si en la ciudad escaseaba el agua, habia en cambio un magnífico cuerpo de bomberos, y debia añadir que se estaba haciendo un gran pozo artesiano que debia surtir de agua todas las fuentes de San Francisco.

Esperando que este pozo produjese sus debidos efectos, los bomberos hacian todos los dias el ejercicio *en seco*, si se me permite decirlo así, y se los veia correr de un lado á otro con sus bombas y sus casquetes, lo que á cada momento hacian creer que habia fuego en la ciudad.

II.

Durante mi juventud tuve siempre la idea de que la falta de un lugar donde pudiera encerrar mi dinero era la sola causa de mi prodigalidad. No sabiendo donde depositarle de una manera segura, le dejaba comunmente en el bolsillo; pero apenas me ví establecido, mi primer cuidado fué procurarme un buen cofre.

Encontré uno magnífico de hierro y tan pesado que apenas podia moverle. Pidiéronme por él ciento cincuenta piastras, me lo dieron en ciento, y creí haber hecho una buena compra.

El cofre de hierro tenia la ventaja de que en caso de un incendio conservaria mi oro y mi plata, tal vez en fusion ó convertidos en un lingote, pero impediria que lo perdiese por completo.

III.

Establecí mi cofre al pié del mostrador y todas las tardes encerraba en él los beneficios del día, que deducidos los gastos, llegaban generalmente á cien francos, y algunas veces á ciento cincuenta.

Acababa, gracias á estas ganancias, de comprar á muy buen precio algunos toneles de vino, de aguardiente y de licores al capitán de un buque francés, y quedaban aún en mi cofre cuatro ó cinco mil francos, cuando en la mañana del 15 de setiembre fui de repente despertado por uno de mis dependientes que llamaba á la puerta de mi dormitorio gritando:

—¡Fuego, fuego!

IV.

He dicho ya que este grito, terrible en todas partes, lo es mucho más en San Francisco,

cuyas casas son de madera y cuyas calles, pavimentadas tambien de la misma materia, sirven de conductor al incendio para hacerle pasar de unas casas á otras.

Al grito de ¡fuego! cada cual piensa primeramente en salvar su persona.

A pesar de este axioma, de una veracidad incontrastable, yo corrí primeramente á mi maleta, la cerré con llave y la tiré por la ventana; luego me vestí rápidamente, y quise huir por la escalera.

Era ya demasiado tarde; no me quedaba más camino que el que habia hecho tomar á mi equipaje, y aún así debia apresurarme; tomé mi partido sin vacilar y salté por la ventana.

V.

El fuego habia empezado en la cueva de la casa de al lado, que estaba deshabitada, y cuando llegó á la mia, llena por completo de liquidos espirituosos, se convirtió, por

decirlo así, en un ponche monstruoso, que los esfuerzos de todos los bomberos de San Francisco no podían apagar.

En cuanto al cofre, era inútil pensar en salvarlo, y toda mi esperanza era que se salvase su contenido.

El incendio duró dos horas y media y quemó trescientas casas, es decir, todo el barrio de los panaderos.

Por fortuna uno de ellos, amigo mío, vivía en lo más elevado de la calle del Pacífico, adonde no pudo llegar el fuego, y en cuanto tuvo conocimiento de mi desgracia me ofreció un asilo, que acepté.

VI.

Me quedaba, sin embargo, una última esperanza: mi cofre. Esperaba con anhelo que los escombros y las cenizas se enfriasen lo bastante para empezar enseguida una investigación, en la cual mis amigos Tillier, Miran-

dola y Gauthier, y mis dos dependientes se apresurarian á secundarme.

Uno ú otro guardaba el terreno para que otros no hiciesen lo mismo que nosotros queríamos hacer, y al fin, pasados tres dias, pudimos meter la piqueta entre los escombros.

VII.

Yo sabia perfectamente el sitio que el cofre ocupaba en la sala, y podia, por consecuencia, deducir el que tendria en la cueva. Sin embargo, buscamos durante dos dias y nada pudimos encontrar; yo empezaba á creer que el cofre habia sido robado.

De pronto encontré una especie de lingote de hierro grueso apenas como un huevo, lleno de asperezas y embellecido con los más brillantes matices dorados y argentados.

El cofre habiase fundido como cera en medio del foco ardiente, y aquello era todo lo que

quedaba de él: acababa de encontrar el bron-
ce de Corinto.

VIII.

Confieso que no podía creer que de un co-
fre que pesaba más de sesenta libras, no que-
dasen más restos que un lingote de hierro do-
rado que apenas pesaba cinco ó seis onzas.

Un inglés me ofreció cien piastras por
aquel pedazo de hierro, con el cual queria
hacer un regalo al museo de mineralogía de
Londres; pero no quise vendérselo.

Sin embargo, aquellas cien piastras me
hacian mucha falta.

Por fortuna en mi maleta tenia algunos
lingotes de oro, recogidos por mí durante
nuestra escursion á los plácemes y que guar-
daba para llevarlos á Francia y regalarlos á
mis amigos. Aparte de estos lingotes, toda
mi fortuna se habia perdido, y no tuve más
remedio que convertirlos inmediatamente en
moneda.

IX.

Vendiendo todo lo que no me era estrictamente necesario, pude reunir unas cuatrocientas piastras.

Era lo bastante para empezar un comercio cualquiera; pero estaba ya cansado de luchar contra la mala suerte.

Me parecía que la fatalidad tenía una gran parte en mi desgracia, no dejándome pasar de cierta esfera.

Si hubiera estado en Francia, aunque me hubiese visto desnudo de todo recurso, puede ser que hubiera continuado luchando y tal vez la suerte habría sido vencida; pero me hallaba á miles de leguas de mi patria y me faltó el valor.

Por otra parte, había dejado en Francia una familia y algunos recursos. Resolví, pues, ceder mi plaza á los numerosos concurrentes que, llenos de esperanza para el porvenir, se me presentaban todos los dias, y como faltaba

un segundo al capitán Audy, que mandaba el *Masagrán*, le ofrecí llenar á bordo las funciones de piloto durante la travesía de San Francisco á Burdeos ó al Havre.

El contrato estuvo concluido en pocos momentos, pues lo único que yo quería era llegar á Francia sin disminuir por los gastos de viaje mi pequeño capital.

X.

La partida estaba fijada para el 18 de octubre; pero desde el 24 de setiembre empecé mi servicio á bordo.

El día antes de partir descendí por última vez á tierra; algunos franceses me esperaban en una fonda para celebrar el banquete de despedida, y no me sería fácil decir si este festin fué más triste ó más alegre que el del Havre.

Allí estábamos sostenidos por la esperanza; aquí abatidos por los desengaños.

Al amanecer del 18 de octubre, levamos el ancla, y aquella misma tarde, empujados por una fresca brisa, perdimos de vista la tierra.

Cinco meses despues, desembarqué en las costas de Francia.

CONCLUSION.

Terminada mi historia, ¿qué diré de esa tierra á donde fuí con tan risueñas esperanzas y que abandoné despues de tantos engaños? La verdad, solo la verdad.

En tanto que California no fué conocida más que por sus riquezas reales, es decir, por su admirable clima, por la fertilidad de su suelo, por la riqueza de su vegetacion, por el caudal navegable de sus rios, esta comarca permaneció inexplorada y despreciada. Despues de la toma de San Juan de Ulloa, Méjico la ofreció á la Francia, que la rechazó. Despues de la toma de su capital, la República mejicana la cedió á los Estados- Unidos por quince millones de dollars, comprándola

los americanos á fin de evitar que pasase á manos de los ingleses, sus rivales de siempre. Sólo un momento permaneció California en manos de sus naturales, siendo, por decirlo así, una porcion del globo abandonada de todos, á excepcion de algunos religiosos perseverantes y obstinados, de algunos indios nómadas y de algunos emigrantes aventureros.

Sabemos ya cómo fué descubierto el oro: la noticia de este descubrimiento fué recibida en un principio con la indiferencia de la duda.

Los americanos, esos laboriosos exploradores, habian reconocido ya la verdadera riqueza del país, es decir, la feracidad de su suelo, y no ambicionaban otra; sin embargo, pocos fueron los que permanecieron impasibles al oír este mágico grito: «el oro, el oro.»

Algunas muestras de este metal, recogidas en la Rivera americana, fueron llevadas á Monterey; pero el capitán Folson, una de las personas á quienes fueron presentadas, se encogió de hombros al verlas, diciendo:

—Eso es mica.

Entretanto, dos ó tres aventureros, acompañados de una docena de indios, llegaron del fuerte Sutter, con el objeto de comprar instrumentos propios para el lavado de las arenas. Llevaban numerosas muestras del precioso metal, y hacían maravillosas relaciones de este descubrimiento que acababa de cambiar las orillas del Sacramento en un Nuevo Pactolo.

Algunos habitantes de la ciudad marcharon con ellos, con la intención de entrar al servicio de M. Sutter, que tenía necesidad de obreros. Ocho días después regresaron á Monterey, comprando herramientas por cuenta propia, y haciendo acerca de las minas relaciones verdaderamente maravillosas.

Esto produjo una especie de vértigo en los habitantes de la ciudad, los obreros del puerto y los tripulantes de los buques.

Hé aquí lo que escribía el 29 de julio M. Colton, alcalde de Sonoma:

«La fiebre de las minas produce estragos

aquí; ya no se encuentran obreros ni cultivadores, pues la totalidad de los hombres de nuestra ciudad ha partido, dirigiéndose á Sierra Nevada. Todas las piquetas, cacerolas, cazuelas, y hasta los alambiques de las droguerías, cuanto puede servir para el trabajo de las minas, ha sido puesto en requirimiento y embargado.»

Hácia la misma época, M. Larkin, cónsul americano, viendo que la emigracion presentaba un carácter tan grave, se creyó en la obligacion de poner lo que pasaba en conocimiento de M. Buchanans, secretario de Estado.

«Todos los propietarios, —decia, —abogados, mecánicos y trabajadores, han salido para las minas con sus familias; los obreros ganan allí de cinco á ocho dollars por dia. Un buque de guerra de las islas de Sandwich, anclado en el puerto, ha perdido su tripulacion, y si esto continúa así, la capital y todas las demás poblaciones se quedarán desiertas. No sé como el coronel Mason ha podido retener á sus soldados.»

Y ocho dias despues el coronel Mason escribia al secretario de la Guerra:

«Durante algunos dias el mal ha presentado un carácter tan amenazador, que temí ver á la guarnicion de Monterey desertar en masa, pues la seguridad de ganar en un dia el doble de su paga de un mes, tiene necesariamente que hablar á su ambicion. Un obrero, sea cualquiera su profesion, no trabaja por menos de ochenta francos diarios, y á veces pide ciento ó ciento veinte. ¿Qué hacer en situacion tan excepcional? Los precios de los artículos de alimento son tan elevados y tan caro el trabajo, que la vida se va á hacer aquí completamente imposible.»

Y hé aquí lo que, por su parte, decia nuestro cónsul en Monterey:

«En ningun país del mundo se ha visto nunca semejante agitacion. Hombres, mujeres y niños se marchan á los plácemes, y hasta los mismos indios, arrastrados por una ambicion desconocida en ellos, cavan la tierra buscando el precioso metal. La emigracion

aumenta cada día y los caminos están llenos de hombres, de caballos y de carruajes; las poblaciones, en cambio, se quedan desiertas.»

Esta especie de locura no tenía nada de extraña, pues había ejemplos de grandes fortunas hechas en muy poco tiempo. MM. Neilly y Crowley, ayudados por seis hombres, habían recogido once libras de oro en siete días. En el mismo tiempo, un vecino de Nuevo-Méjico, con cuatro trabajadores, había recogido diez y siete libras de oro, y por último, M. Norris, en un solo día y sin salir de un paraje, había ganado diez y seis mil francos.

Esta fiebre del oro crecía, pues, de una manera terrible. Todo el que se dirigía á California iba con la intención de hacerse minero, de cavar, de buscar, de recoger con sus manos el precioso metal. Y sin embargo, las grandes fortunas de San Francisco no se han hecho en las minas.

Las minas no son más que el pretexto. La Providencia, en sus pensamientos grandiosos,

tenia necesidad de aglomerar un millon de hombres en un punto dado del globo, y puso allí el oro como reclamo.

Más tarde, llevará la industria como recompensa.

Las verdaderas fuentes de las riquezas de California serán en el porvenir la agricultura y el comercio. Las minas podrán sostener á cierto número de trabajadores, y hé aquí todo.

San Francisco, ó por mejor decir, la Nueva California, ha salido del caos y está en marcha para cumplir su destino. El espíritu del Señor flota ya sobre las aguas; pero la luz no está hecha todavía.

FIN DE UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

EL GATO CON BOTAS

ADVERTENCIA.

Por error involuntario aparece en las cubiertas de esta obra que está escrita por don Estéban Hernandez y Fernandez, debiendo decir por M. Alejandro Dumas, á cuyo autor pertenece.





